

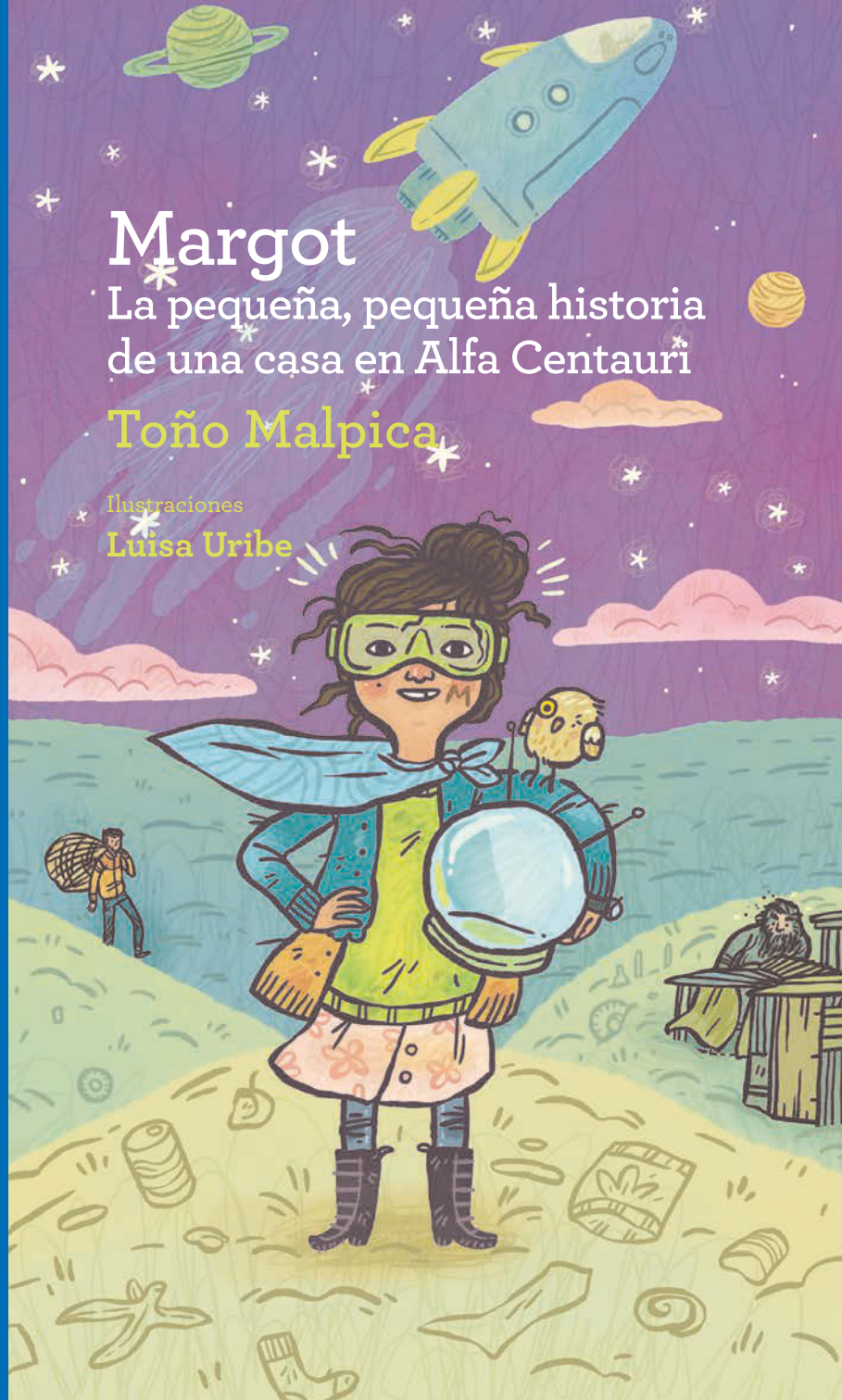
Margot

La pequeña, pequeña historia
de una casa en Alfa Centauri

Toño Malpica

Ilustraciones

Luisa Uribe





Margot

© 2011, Antonio Malpica
© 2011, Editorial Norma
Avenida El Dorado # 90-10, Bogotá, Colombia

© 2019, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, Colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, Ciudad de México,
C. P. 03240

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso
escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma” esta licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.,
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Segunda edición: marzo 2020

Ilustraciones: Luisa Uribe
Diagramación: Judith Sánchez Durán

SAP: 61088705
ISBN: 978-607-13-0826-9



Margot

La pequeña, pequeña historia
de una casa en Alfa Centauri

Toño Malpica

Ilustraciones
Luisa Uribe

Norma

mx.edicionesnorma.com

Para Mari Fer, justo a tiempo

Índice



Los superhéroes no escogen su destino.....	11
Los superhéroes no cuestionan sus misiones.....	19
Los superhéroes nunca saben cuándo serán llamados a cumplir con su deber.....	27
Los superhéroes también sueñan.....	35
Los superhéroes nunca descansan, aun cuando viven la vida de sus identidades secretas.....	39
Los papás de los superhéroes, como todos los papás, tienen derecho a preocuparse por sus hijos, aunque sean superhéroes.....	45
Los papás de los superhéroes no deben interferir con la honrosa labor de sus hijos.....	53
Los superhéroes tienen el corazón duro.....	61
Los superhéroes sí tienen sentimientos y son perfectamente capaces de emocionarse.....	67

Los superhéroes no pueden tener vida personal	75
Los superhéroes no descansan	83
Los superhéroes también tienen pesadillas	89
A un superhéroe siempre hay que tomarlo en serio	99
Los superhéroes también dudan a veces	109
Los papás de los superhéroes, como todos los papás, tienen todo, todo, todo el derecho a preocuparse por sus hijos, aunque sean superhéroes y estén en una misión especial súper, superimportante	115
Los superhéroes siempre consiguen lo que se proponen, por muy difícil que esto parezca	119
Casi todos los superhéroes tienen superpoderes	129
A un superhéroe siempre, siempre, siempre hay que tomarlo en serio	139

Los papás de los superhéroes a veces son capaces de las más grandes proezas	145
Los superhéroes no renuncian a su deber ni por mucho dinero, ni por un montón de juguetes, ni por cientos de chocolates, ni por toda la colección de películas de Star Wars y Star Trek (incluidos la tele y el DVD player).	153
Un superhéroe debe saber que, si permanece demasiado tiempo fuera de casa (Ciudad Gótica, Metrópolis, Saltadilla, etcétera), sus archienemigos pueden aprovechar su ausencia y....	159
Los superhéroes a veces, por su labor, obtienen una merecida recompensa	165
Los superhéroes no son como los pintan	167
Los superhéroes existen, creas o no en ellos	173
Los superhéroes, cumplido su deber, han de seguir su camino	179
A veces la vida te da limones...	183

*Seguramente habrás oído
muchas historias de superhéroes.
Y habrás notado que, en todas ellas...*



Los superhéroes no escogen su destino

C on Margot no fue distinto.

Claro, no la picó una araña radioactiva.

Ni tampoco le obsequiaron un anillo dorado con grandes poderes.

Mucho menos le hicieron una cicatriz en forma de rayo en la frente cuando era apenas un bebé.

Pero sí fue “elegida”. Como superhéroe, quiero decir.

Y, por lo mismo, ella no escogió su destino. Le cayó del cielo (es una forma de hablar, claro). Así sin más.

Y también, como buen superhéroe, nunca se preguntó por qué ella. Por qué ella, si la mayor parte del tiempo... pues no tenía tiempo. Para

ser superhéroe, quiero decir. Porque en ese entonces, cuando Lucio la visitó por primera vez, les leía a los niños Quirk, estaba enamorada del Erre, se ocupaba de la comida en su casa y, por supuesto, le ayudaba a Alfredo a juntar plástico, cartón y aluminio cuando podía. Pero bueno... ya lo dijimos. Los superhéroes no escogen su destino, se les asigna de algún lado y ya, eso es todo. Y nosotros, los que no somos superhéroes, debemos contentarnos con que ellos existan. Y tampoco hacer demasiadas preguntas.

Fue una tarde de febrero, si mal no recuerdo. Ya había dejado de hacer frío.

Margot estaba preparando unos panes con mantequilla en el brasero de su casa (si se le puede llamar así).

Tenía ocho años, pero para ayudar a Alfredo tenía que hacer cosas que muchas niñas de su edad no suelen hacer. Como prender el brasero, por ejemplo. O espantar a los perros salvajes. Sacarle el cobre a alguna bobina vieja. Acarrear cubetas grandes de agua. Por ejemplo.

Y en ese momento estaba preparando unos panes con mantequilla.

Tendríamos que imaginarla como solía vestirse en ese entonces, antes de aceptar su destino de superhéroe; es decir, sin su visor

verde de buzo ni su pañoleta azul estampada al cuello. Pero sí con todo lo demás: sus grandes botas de minero, sus tres suéteres, su vestido de flores que le llegaba a la rodilla, su pantalón de mezclilla, su cabello atado en un moño que sobresalía varios centímetros por encima de su cabeza. Su rayado reloj de cuarzo. El lunar en la mejilla izquierda. El diente faltante.

Con sus manos de uñas quebradizas cuidaba que los panes no se tostaran demasiado pero que la mantequilla sí burbujeara un poco, para lograr cierto efecto necesario. Y luego echarles azúcar.

Miró su reloj de pulsera. Faltaba poco para que volviera Alfredo de la pepena. (Pepena es la actividad que realizan los pepenadores, por si no lo sabías. Y pepenadores son esos señores y señoras que rescatan de la basura cualquier cosa que se pueda vender, para que te acabes de enterar. Pero bueno, decíamos que faltaba poco para que Alfredo volviera y...)

Por eso, cuando alguien atravesó la puerta de lámina, ni siquiera volteó.

Porque pensó, desde luego, que se trataría de Alfredo. Pero no. Era Lucio.

Ni siquiera hizo comentario alguno con el señor Alcántar. Solo siguió con su tarea, lista

para echarle azúcar a los panes y sentarse a la mesa.

—Hola, Margot —dijo entonces Lucio, desde la puerta.

Margot giró el cuello. Y pensó que ya había visto antes a ese hombre. En una de las sesiones de cine del dispensario. En una película que se llama *Hombres de negro*. Ese probablemente fuera uno de los “hombres de negro” porque estaba vestido igual. Traje negro, zapatos negros, corbata negra, anteojos oscuros negros.

—Mi nombre es Lucio —dijo el visitante—. Y no tengo mucho tiempo.

—¿Y Alfredo? —se animó a preguntar Margot.

En principio pensó que Alfredo habría invitado a comer a Lucio, lo cual era muy improbable por dos razones principalmente: una, Alfredo nunca invitaba a nadie a comer y dos, nunca les sobraba comida como para invitar a alguien. Pero fue lo primero que pensó Margot.

De cualquier modo, Lucio no tenía mucho tiempo, ya lo había dicho.

—Te hemos estado observando, Margot —se limpió el sudor del rostro con un pañuelo. Blanco, por cierto.

—¿A mí?



—A ti —se sentó en la silla de Alfredo, que en realidad era un banco de plástico blanco. Margot, en cambio, sí tenía una silla. Una de metal que decía “Corona extra”. Pero ella no se sentó. Solo contempló a Lucio, que parecía muy agotado.

Y retiró los panes del fogoncito, eso sí.

—¿Has oído hablar de los superhéroes, Margot?

—¿Como Batman y Supermán?

—Exacto.

—Una vez tuve una pijama de Supermán. Y ahora tengo una mochila de Batman.

Era cierto. Aunque ahora la pijama estaba desaparecida y, la mochila, rota de la cremallera. Ah, y los Guasones del estampado no tenían cabeza.

—Bien, pues necesitamos de tu ayuda.

—¿Necesitan? ¿Quiénes?

—Nosotros —respondió Lucio como si le hubiera hecho la pregunta más obvia del mundo. Volvió a pasarse el pañuelo por la sudorosa frente—. Todos. En realidad es algo fácil, pero necesitamos saber si te puedes comprometer. No será para siempre. O al menos no lo creo. Pero necesitamos saber si, por el tiempo que dure, te puedes comprometer.

—¿Comprometer significa que tengo que jurar por Dios?

—Más o menos. ¿Conoces la ciudad?

—¿Ciudad Neza?

—No, la otra.

—¿La Ciudad de México? Tengo un mapa.

También era cierto. Alfredo había hallado un plano entero de la Ciudad de México en el interior de un portafolios desgarrado y se lo había obsequiado a Margot.

—Bien. Con eso bastará por el momento. Espera tu primera misión especial, Margot.

—¿Me darán un traje?

Lucio, en vez de responder, miró por encima de su hombro, como si lo vinieran persiguiendo. En realidad todo el tiempo se había comportado como si lo vinieran persiguiendo. O como si hubiera dejado una bomba a punto de estallar en algún lado y lo hubiera recordado en el último momento.

—¿Puedo llevar al señor Alcántar conmigo?
—insistió Margot.

Lucio miró al búho de peluche que, con su único ojo, los contemplaba desde el colchón.

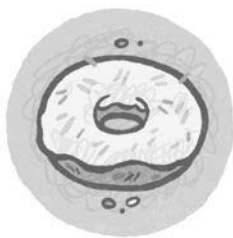
—Supongo que sí.

Y, una vez dicho esto, se fue a toda prisa por la puerta de lámina. Tal vez, si en la casa de

Margot hubiera habido ventanas, habría preferido salir por la ventana. Nunca lo sabremos.

Lo cierto es que cuando Alfredo entró en la casa, cargando su costal de botellas de plástico apachurradas, los panes con mantequilla todavía no se enfriaban. Y Margot ya estaba ideando su propio traje.

No pasaría mucho tiempo para que se diera cuenta de que...



Los superhéroes no cuestionan sus misiones

De nada le sirvió a Alfredo haber tenido una mañana tan provechosa. O al menos eso pensó en ese momento.

Había podido compactar ochenta y siete botellas de refresco. Y noventa y dos latas de aluminio, algunas de cerveza y otras no. Llegó en primer lugar al vaciado de cuatro camiones de basura en el vertedero. Cualquiera habría dicho que era una mañana luminosa (incluso el sol parecía estar más sonriente que de costumbre). Pero no lo era tanto. Ese otro día, cuando llegó a su covacha (nunca pensaba en ella como una casa, la verdad), Margot no estaba ahí.

Y se espantó.

Pero el señor Alcántar tampoco estaba ahí y eso lo tranquilizó. Porque eso significaba que Margot había salido por su propia cuenta y no había sido secuestrada por una nave espacial, como decía ella que podía ocurrir un día.

Alfredo pensó que ningún extraterrestre permitiría a su hija tomar su juguete preferido antes de secuestrarla. Y se tranquilizó.

En realidad —Alfredo lo sabía— Margot siempre hacía lo que le venía en gana.

Y si no estaba ocupada espantando a los perros salvajes, estaba con los Quirk, o en el



dispensario, o con los Vampiros, o con el Erre. Nunca, nunca con el Gigante, es verdad. Pero casi todo el tiempo se encontraba entre las casas y entre la gente del vertedero y hacía lo que le venía en gana.

Aunque siempre dejaba lista la comida (encerrada en un horno de microondas descompuesto, a salvo de los perros y las moscas). Y a veces una notita (porque Margot, al contrario de los demás niños de esa zona del vertedero, sí sabía leer y escribir). Pero no esta vez. No había ninguna margarita dibujada en una hoja de papel usado, con el texto habitual debajo: “fui por el agua” o “fui a espantar perros” o “fui con el R (y un corazón)”.

Por eso Alfredo, que tenía pensado pasar el resto de la mañana con Margot, hasta la hora de la comida, pensó que de nada había servido una mañana tan provechosa. Era una lástima. Había encontrado en la basura, también, un paquete con dos donas enteras que no olían nada mal. Era una pena.

Vació su costal y volvió a su jornada.

Pero a la hora de la comida, Margot aún no había vuelto. Y ahora sí se espantó en serio. Volvió a pensar en la posibilidad del secuestro alienígena.

Salió a preguntar con los vecinos. Los Quirk no la habían visto. Tampoco los Vampiros. Ni la Beba, que ya había vuelto de su propia recolección. Menos los que vivían en barracas más lejanas. Se preocupó en serio. Al Gigante, por supuesto, ni le preguntó.

Y ya estaba recapacitando en torno a la falta de moral de algunos extraterrestres, capaces de plagiar a una niña que no tiene ni dos vestidos en su guardarropa, cuando entró la luz (en más de un sentido, me gusta pensar) a su covacha. Alguien había apartado la lona que cubría la puerta de lámina.

Y ese alguien entró. Y era Margot.

—¡Pelusa! ¡Qué bueno que llegaste! ¿Dónde andabas?

Deseó abrazarla, pero sabía lo que Margot pensaba respecto a esto y se contuvo.

Le llamó la atención que Margot llevaba aquel visor verde en la cabeza. Un visor de buzo que él mismo había rescatado de la basura un par de meses antes. Y una pañoleta azul que la niña solo usaba en ocasiones especiales (como en aquella vez que Esteban, el vampiro más viejo, ofreció barbacoa a todos los vecinos, o como cuando la Beba encontró un billete de

quinientos entre las costuras de un pantalón viejo y la invitó al cine de a de veras).

—Tenía una misión que cumplir, Alfredo. ¡Donas!

Se sentó en su silla Corona Extra, tomó la bolsa transparente de las donas sin hacer caso de las moscas que luchaban por entrar en ella y sacó una, que devoró en seguida.

Alfredo hubiera podido regañarla. Probablemente cualquier padre habría hecho eso. Pero Alfredo se quedó sin regaños como cinco años antes, justo cuando la mamá de Margot se fue de cacería al África.

—¿Una misión? —dijo, sin apartarle la mirada.

—Sí, una misión especial. Tenía que estorbarle a un señor de bigote y barba en la estación Copilco del metro a la una y treinta y siete de la tarde. Un señor con una camisa negra de un concierto de Metallica.

A Alfredo le debe haber parecido tan disparatado como ahora tú y yo lo leemos. No sabía, desde luego, que los superhéroes no cuestionan sus misiones. Las acometen y ya.

Presumió que se trataba de un juego y le siguió la corriente.

—Así que una misión. ¡Y hasta el metro Copilco! —de veras no daba fe—. ¿Y cómo te fue?

—Muy bien. Misión cumplida —sonrió, se deshizo de su visor y su pañoleta. Fue a la cubeta del agua, le quitó el platón que le ponían encima y se sirvió un vaso.

—Tal vez... la próxima vez que tengas una misión especial, podrías dejarme escrito en dónde andas, ¿no, Pelusa? Es que hace rato vino el niño este, ¿cómo se llama?, el que nunca se saca el dedo de la nariz.

—El Chino.

—Sí, y me preguntó dónde andabas y no supe qué responderle.

—Pues qué chafa.

—Te lo juro.

Margot lo miró como hacía en ocasiones. Como si ella fuese la madre y Alfredo el hijo. Como si pudiera leerle en la cara la mentira. Volvió a sonreír. Sacó al señor Alcántar de una bolsa de su tercer suéter y lo puso en la mesa.

—Bueno. Si quieres, Alfredo, yo te dejo apuntado dónde ando. ¿Vas a comerte la otra dona?

—No. Es toda tuya. ¿Y tienes idea de cuándo será tu próxima... eh... misión?

Alfredo le dio un par de palmaditas al señor Alcántar, que lo observaba con su único ojo. En realidad no esperaba una respuesta.

Y Margot no se la dio.

Ninguno de los dos sabía —aunque Margot intuía— que...